

MIGUEL A. GRANADA: *El debate cosmológico en 1588.-Bruno, Brahe, Rothmann, Röslin.* INSTITUTO ITALIANO PER GLI STUDI FILOSOFICI. Nápoles. 1996 (166 pp.).

Ya en 1993 había publicado Miguel A. Granada el *Del infinito: el universo y los mundos* de Bruno (Alianza Universidad nº 759) en cuya introducción de 70 páginas presentaba nítidamente el doble sentido de la especulación cosmológica bruniana: por una parte el ataque frontal al modelo finitista derivado de la concepción aristotélico-ptolemaica, modelo en el que se apoyaba la interpretación teológica del mundo y de Dios en los medios eclesiásticos o universitarios de su tiempo. Por otra parte la defensa a ultranza del modelo copernicano, *reinterpretado* por Bruno en términos de universo infinito y signo, aunque también expresión, de la infinitud divina.

En esta nueva aportación el profesor Granada ha ido un poco más lejos en su intento de esclarecer esa región filosófica obscuramente ubicada entre las dos edades, la Media y la Moderna, región que dio paso en el s. XVII a la llamada revolución científica. Ese paso nuevo consiste en explorar los términos en que el debate cosmológico tomó cuerpo desde los primeros años del s. XVI -no olvidemos que los trabajos de Copérnico se inician muy al comienzo del siglo- y que su modelo heliocéntrico tarda en alcanzar audiencia-fuera del mundo germánico-tanto por la oposición luterana como por la católica.

El primero de los estudios recae sobre el *Camoeracensis Acrotismus* de G. Bruno, publicado en Wittemberg en 1588. Si el resto de las publicaciones brunianas salen a la luz en territorios latinos o ingleses, este muy curiosamente aparece en un medio germánico, que a la sazón es el medio en que la reforma copernicana del modelo astronómico resultaba más debatida y también más aceptada. La propuesta de Bruno -el Pfr. Granada lo subraya- no merece gran aprecio para Brahe. El debate en Brahe y en el resto del gremio astronómico se centra en la observación de posiciones y movimientos, con lo que sería posible decidir entre Copérnico y Ptolomeo. Las propuestas cosmológicas de Bruno no ayudaban o más bien no iban en esta dirección. En el trabajo que comentamos resulta patente que Bruno se desgaja del resto de los participantes en el debate exactamente en la medida en que trata de

destruir otro modelo, más allá del Ptolemaico, y es el modelo teológico incrustado en él en términos *peripatéticos* _término bruniano y también común para la concepción física de la escolástica.

No es este, aparentemente, el caso de Brahe en su *De mundi aetherei recentioribus phaenomenis* (Uraniborg, 1588) en el que Brahe estudia los lugares y trayectoria del cometa de 1577. Este estudio debería haber llevado a Brahe a decidir con entera corrección observacional sobre un tema medieval en disputa, cual es el de las esferas cristalinas. El cometa las ha atravesado indudablemente y, por consiguiente los espacios interplanetarios son transitables para los cuerpos. Pero, como nos hace ver Miguel A. Granada, Brahe era más medieval de lo que pudiera parecer y con razón subraya por eso (pág. 47) que *no hay ningún texto de Brahe que rechace las esferas celestes antes de enero de 1587*. Pero más allá de esto Brahe aprovecha la ocasión para presentar su modelo *geoheliocéntrico* como tercero en disputa entre Ptolomeo y Copérnico. El pfr. Granada se pregunta entonces con toda razón si el modelo de Brahe es propiamente de Brahe. La pista descubierta por O. Gingerich y R.S. Westman se llama Paul Wittich y su estancia en Uraniborg. Por otro lado parece que fue Rothman con un tratado *Descriptio accurata cometae anni 1588* quien dio a Brahe la idea de la inexistencia de las esferas cristalinas. El *De mundi* resulta así mucho más un reflejo del estado medio de la disputa y elaboración ulterior de y sobre el *De Revolutionibus*, pues se halla entre las observaciones cometarias de final de siglo compartidas por muchos astrónomos y los ajustes observacionales que culminarán ya en el siglo siguiente en la obra kepleriana.

El tercero de los ensayos se dedica a la correspondencia y a una última disputa oral entre Brahe y Rothman. Es claro que Brahe se impuso en la relación personal a Rothman, como hace ver el autor. Lo que no es tan claro es por qué los argumentos copernicanos de Rothman eran entonces tan débiles. Como matemático del Landgrave en Kassel Rothman disponía de información y conocía los argumentos de Brahe que eran de corte *peripatético*. Las observaciones de Brahe, con ser buenas, no alcanzaban a determinar algunos de los elementos clave del problema, como hace ver el Pfr. Granada en el caso de Marte acrónico. La duda que le queda al lector, a este en particular, es sobre el grado de convencimiento de los astrónomos copernicanos *antes de Kepler*.

El cuarto ensayo dedicado a Nicolaus Raymarus Ursus y su *Fundamentum astronomicum* _Estrasburgo 1588_ con dos significados mensajes en este trabajo: primero que Ursus _como Brahe y Rothman y quién sabe cuántos más_ aceptaba a medias el copernicanismo y en segundo lugar que algunos postulados aristotélicos de la física escolástica tenían en contra infinidad de objeciones, no todas ellas por cierto procedentes de la astronomía; (un extraño combinado de doctrinas estoicas, paracelsianas y neoplatónicas se hallaba en el fondo inconfesado de algunos de ellos _el neo-pitagorismo de Kepler es más explícito y más fácil de adjetivar a un Dios-geómetra).

La descripción del proceso de construcción del modelo *geoheliocéntrico* de Ursus pone de manifiesto, como se ha visto en Brahe, que este modelo responde con medias tintas a la ruptura copernicana. También muestra a qué responde esa necesidad de no romper drásticamente. Y finalmente muestra que la solución debió ser bastante menos original, salvo quizá el caso especial de Wittich, en cualquiera de los proponentes.

De otro orden es el interés que suscita la controversia con Brahe sobre la originalidad de la propuesta. En realidad son dos propuestas bastante similares destinadas a preservar, más que a cambiar, aspectos básicos de la cosmología establecida.

De todas formas la importancia de la hipótesis de Ursus reside en que encontró en Brahe primero, pero sobre todo en Kepler después un comentario _la *Apologia Tychonis contra Ursum*_ que, como dice Jardine, constituye, sobre todo, una reflexión filosófica muy temprana sobre el método matemático-observacional que se aducía en el momento.

Se cierra este estudio con una exposición del *De opere Dei creationis seu De mundo hypotheses* _Frankfurt 1597_ de Helislaus Röslin. Igual que los anteriores, Röslin no se siente satisfecho con el viejo planteamiento ptolemaico, pero más precisamente se siente en cordial desacuerdo con la física elemental a que se atiene. Ello le lleva a discrepar de Ursus y de Brahe, puesto que en el caso de Röslin hay presente un elemento seguramente paracelsiano y quizá hermético que condiciona su idea de la *materia mundi*- finita y ordenada según un principio arquetípico, *imago Dei*.

Estos fragmentos -muy bien elegidos y presentados por el Pfr. Granada- del gran debate cosmológico extendido por más de dos siglos antes del definitivo establecimiento del copernicanismo reclaman su continuación en otros, anteriores algunos y posteriores muchos, como en

el *Epílogo* se insinúa. Sin ello no se podrá comprender la magnitud de los problemas filosóficos y científicos que arrastraba consigo la nueva era. De igual modo sin ellos no podríamos comprender el trasfondo de algunas de las *Obras Maestras* de los tiempos nuevos.

E.Rada.

SÁNCHEZ MECA, D., *Metamorfosis y confines de la individualidad*, Tecnos, Madrid, 1995.

En este nuevo libro, el profesor Diego Sánchez Meca aborda una de las cuestiones fundamentales de la filosofía actual: la conformación de la identidad, y la apropiación de la identidad en la cultura tecnológica contemporánea desde la tradición ilustrada de la cual venimos. Tal y como se especifica en la presentación, la evolución de los proyectos modernos de construcción/disolución de la individualidad se produce al hilo de un proceso más general de transformación del pensamiento, en virtud del cual la insistencia en la fundación del sujeto de carácter metafísico va dejando paso a un desmembramiento del principio de individuación. Pero no basta con confirmar la disolución del individuo: a lo largo de los cuatro capítulos del libro, el autor se adentra en las cuestiones centrales que suscita el ideal de la humanidad, el proyecto de individuo presente en la modernidad, a través de un riguroso análisis de algunos de los autores que más profundamente han tratado este tema. Y con un acierto esencial: aborda la relectura precisa de los textos fundamentales, redescubriendo una reflexión muchas veces maniatada por interpretaciones que, siendo en sí mismas extremadamente potentes, desvirtúan en exceso la obra de los autores que les sirven de referencia. Valga, por ejemplo, la lúcida crítica sobre los límites de la interpretación nietzscheana realizada por Heidegger, o por Pautrat o S. Kofman.

Pero no sólo se analizan las principales metáforas sobre la individualidad en Occidente. La contraposición de autores, en un doble plano: dentro de cada capítulo, al analizar la obra de Kant, Agustín, Nietzsche,